EL JUEGO IDEAL

Un día cualquiera, de una semana cualquiera, en una escuela normal y con el homenaje clásico de una primaria comienza nuestra historia, Sofía mantenía su atención en las efemérides de la semana, escuchaba pero no entendía, algo la distraía. La maestra Gabylú le habló – Sofí, ¿Qué tienes? Te veo distraída.-

Aunque Sofía era una niña bastante atenta y amable, en ese momento no logró responder.

En un momento sintió que su atención se fue y sus ojos se cerraron; al sentirse caer dos manos hábiles evitaron que eso pasará.

-Gracias, eso estuvo cerca- dijo Sofí con cara de alivio. Volteo a ver a quien le daba las gracias, era un niño un poco pálido, delgado pero bastante sano, ojos curiosos y sonrisa amable.

-De nada, hubiera sido un buen golpe pero fue fácil ayudarte, soy bastante rápido. Soy Emi, Emiliano, y soy nuevo en esta escuela. ¿Tú cómo te llamas?-

-Yo soy Sofí, voy en 3°A y creo que ya debería ir a mi salón, ya no hay nadie en la explanada y seguro se preguntan en donde estoy. Gracias, Emi, nos vemos en el recreo.

Se dijeron adiós con la sonrisa de una naciente amistad. Iban a esperar pacientes el recreo.

La campana sonó, y la estampida se escuchó y las risas explotaron en toda la escuela. Se andaban buscando, Emiliano y Sofía, y se fueron a encontrar en el viejo árbol junto a la oficina de la dirección.

-Hola de nuevo, Sofía. ¿Tuviste cuidado de no volverte a caer?- La risa no la pudo controlar Emiliano.

-Muy gracioso, ¿eh?- dijo Sofía-.

-Mejor dime a que jugaban en tu anterior escuela.-

-Bueno, de donde yo soy casi no acostumbramos jugar, a mí me gusta mucho pero era raro que jugáramos. Por qué no tú propones algo y yo te digo si suena divertido y justo- respondió Emi mientras se sentaba.

-De acuerdo. Aunque tampoco soy una gran conocedora de juegos, haré lo que pueda. Mira, podemos jugar a los reyes, y así tu eres mi plebeyo y yo…-Sofí fue interrumpida por Emiliano –No, eso suena a que alguien es mandado y no es justo. Otro juego-.

-Bueno, está el de policías y ladrones, tú podrías ser el policía y yo la ladrona. ¿Qué tal?- sonrío Sofí-. Pero para ser ladrona tendrías que haberte robado algo y para yo atraparte tendría que perseguirte y aún en juego parece divertido no es para nada justo. Debe haber otro-.

-Eres un complicado. Pero aún tengo otras ideas. No me rindo tan fácilmente-.

Sofí dio una vuelta al árbol y pensaba.

Debía haber un juego en donde Emi no encontrara error. Iba a tratar de nuevo.

-¿Qué tal jugar a los doctores? Tú podrías revisarme a mí y yo podría ser la paciente, decirte que me siento mal y darme alguna medicina o hasta una inyección-.

-¿Conoces a alguien que le guste estar enfermo? Porque yo no, a mí no me gusta estar enfermo y tampoco que alguien que yo quiera lo esté. A veces algunas medicinas son caras y las inyecciones, uy no, de esas ni hablar-. Explicaba Emi mientras veía hacía las hojas del árbol.

-¿Aún tienes más ideas? –Dime que sí, de verdad quiero jugar-. Emi sentía la mirada fija en él. Sofí suspiró. - Como te dije, no me rindo tan fácil-.

Hubo un largo silencio, Sofí no quería rendirse pero sentía que ningún juego iba a pasar los cuestionamientos de Emi. Y el silencio creo una atmosfera distinta, ajena a una escuela.

Parecía que los dos entendían que lo que estaban por decir era lo mismo.

-Juguemos a los maestros, Sofí ¿Qué dices?-

Emiliano había levantado los ojos con un brillo como el de alguien que acaba de descubrir un tesoro, como alguien que acaba de entender algo importante para su vida.

Sofí seguía en silencio, no sabía que decir, le parecía una gran idea pero no entendía que era ser un maestro. Los veía a diario hacía un tiempo, pero no sabía lo que realmente era ser un maestro; que hacía, cómo lo hacía, cómo saber de todo.

-Sofí, si te parece una mala idea puedes decirme, pero di algo- decía Emi con tono serio.

-No, me parece una gran idea. Me gusta pero ¿Por qué ese juego si te parece justo?- preguntó tranquila Sofí.

Mira, un maestro enseña y no pierde nada, al contrario, creo que gana; aprende de sus alumnos, aprende como hablarles, como tratarlos. Se sabe sus nombres, y les da los mejor de sí, todo lo que sabe y lo que cree saber. El alumno gana aún más, gana a compañeros, aun maestro o maestra que lo escuchara y lo guiara. Gana en que su imaginación y su universo se expanden cada día de la mano de su maestro.

Y sus posibilidades no tienen fin. ¿Encuentras algo injusto en eso?- Emiliano se sentía como iluminado, esperando que Sofí entendiera lo que él había querido decir. Sin más ni menos.

Efectivamente Sofía lo había entendido, era un juego justo, enseñar y aprender, aprender y jugar. Un buen juego, un juego justo. –Pues entonces juguemos, porque has tenido una gran idea, Emi-. Pero a Emi le preocupaba algo. –Sofí, ¿ya desayunaste algo? ¡Sofí!-. Fue lo último que alcanzó a decir Emi antes de ver caer ligera a Sofí.

Con una fuerte luz en las pupilas de Sofí fueron reaccionando sus ojos, y un fuerte olor que iba entrando por su nariz hasta invadirle todo su sentido. – Sofía, estás en la enfermería, ¿cómo te sientes?- suspiraba la voz preocupada de la maestra Gabylú.

-Pero por qué estoy aquí, si hasta el recreo había salido y me sentía muy bien. Había jugado y hasta conocí a… - La interrumpió la enfermera. –Pequeña, haz tenido un desmayo, tus compañeros te trajeron con la ayuda de la maestra; todos están muy preocupados por ti. Quiero que seas sincera conmigo, ¿desayunaste antes de venir hoy a clases?-. Sofía guardo silencio, y el silencio fue entendido por la maestra y la enfermera, Sofía, algunas veces, no desayunaba antes de ir a la escuela.

-Tranquila, Sofía, lo resolveremos- dijo la maestra Gabylú mientras le sonreía con ese rostro lleno de paz. –Y mientras tanto acompáñame a la dirección que tengo algo importante que hacer-.

Sofí sintió que estaba metida en grandes problemas. Caminó tranquila y tensa. Al abrirse las puertas de la dirección sus ojos se abrieron en respuesta a la sorpresa de lo que veía.

-Sofí, él es Emiliano y es nuestro nuevo compañero en el salón, ¿me ayudas a que se sienta más tranquilo con sus nuevos compañeros? Es un poco tímido- le susurro. Sofía sonrió.

Camino al salón de 3°A, Sofía sentía que debía decir algo por lo que había pasado durante su desmayo, y también como agradecimiento a su maestra. –Maestra Gabylú, gracias por siempre jugar con nosotros, con ese rostro feliz y amable, gracias por jugar al juego más justo que hay, a enseñarnos y aprender de nosotros. Ahora entiendo porque es el juego ideal, ¿verdad, Emiliano?- Sofí buscó la mirada de Emi. La sonrisa tímida de Emiliano se dejó ver y le regalo una mirada cómplice de algo a Sofía.

Fin.